



# EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9302

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

JUEVES 3 DE NOVIEMBRE DE 1892.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## FUEGO Y CALOR.

**COCINAS FRANCESAS** con varios fogones, horno para asados y pastas. Depósito para agua caliente, forma artística y fundición esmerada.

**CHIMENEAS** de mármol de Italia y Macael, con puertas de corredera.

**ESTUFAS** Chauberski, varios tamaños y artístico decorado.

Exposición y venta, **MUSEO COMERCIAL**.—Puerta de Murcia.

## EL MEJOR BLASON

Cuando en los grandes centros se habla de Cartagena, las personas más sensatas no pueden menos de emitir opiniones, más ó menos discutidas, pero siempre honrosas y favorables para esta culta población.

Por muchas que parezcan las alabanzas que se tributan al puerto, al muelle, al arsenal, á sus fortificaciones, siempre serán escasas, porque la verdad es que tales elementos de riqueza, de trabajo y de cultura, abren un ilimitado camino á los adelantos modernos.

Los elogios que se hacen de su privilegiado suelo marino, resultan siempre deficientes, porque quien pueda por sí mismo observar, en conjunto y en detalle, las fábricas y los criaderos, comprenderá hasta dónde alcanza verdaderamente su importancia.

Al hablar del aspecto de su cielo y la templanza de su clima, toda la ponderación resulta pobre. No porque el terreno deje de ser accidentado, se desentona el hermoso cuadro que presenta.

Al comentar el carácter de sus habitantes, suele tacharse de vehementemente en política, de agradable, socialmente considerado, y de algo tibio en la cuestión religiosa.

Digase lo que se quiera, ello es que los hijos de esta ciudad la prefieren á las que visitan de ordinario, no solo por amor patrio, ni por encontrar, razonando desapasionadamente, sus innegables ventajas, sino porque no se adaptan fácilmente á la vida y costumbres de otras localidades, y echan siempre de menos las engendradas por su carácter y tendencias.

Los forasteros que la visitan, la admiran; los que en ella habitan, á pesar de sus deficiencias, fácilmente echan raíces en su suelo, y buscan, casi siempre, la manera de no abandonar su recinto.

Pero unos y otros reconocen sus defectos; el más capitalismo, el enemigo formidable con que hay que combatir en sangrienta y constante lucha, es el patulismo.

Negro crespón que empaña su purísimo cielo, nota amenazadora que nos habla de destrucción y de muerte á cada paso.

Este mal existe aquí de antiguo, más ó menos desarrollado en ocasiones, según las causas que agitan y favorecen sus gérmenes de infección.

Al considerar los estragos de esa enfermedad endémica y desastrosa, lo primero que se ocurre es tachar á los Ayuntamientos de incuria, y á la colectividad de los habitantes e descuidados, por el abandono

que hacen de su vida, que es la primer fortuna con que Dios dotó al hombre.

Si el vicio existe en la atmósfera, por circunstancias en que quizás influyan los humos que desprenden las chimeneas de las fábricas; si el subsuelo le lleva en sí, y si ayuda á sostener sus estragos la falta de higiene y aseo, relativas, la escasez de aguas y la falta de desinfección, problemas son todos ellos, que como dignos de estudio, á la ciencia y á la observación les toca resolver.

Eilo es que el mal existe, y que los remedios que hasta ahora se han ensayado son ineficaces; los proyectos que se tienen, caminan á paso lento, y se nota una indiferencia punible, (permítase la frase) que no se concibe en un pueblo tan activo.

Acaso esté cercano el día en que de raíz logren estirparse estas desgracias y en que la población se purgue de esa plaga con que hoy fatalmente aparece señalada.

Pero existe una tendencia dentro de sus muros, mejor dicho, una virtud, que generalmente no es todo lo admirada que se merece, por los extraños, á pesar de que los hijos del país la consideran, y con razón, el timbre más precioso de su patria; es el que los alumbró, la estrella que los guía por donde caminan.

En una de las calles céntricas, de esta ciudad, hay un gran edificio, que ampara á los enfermos; el Hospital de Caridad tiene fama universal, y ocioso sería ocuparse ahora de él, ni alabar en lo que vale, porque bien lo han hecho plumas mejores que esta tan humilde, y porque las buenas obras hablan con sólo su existencia.

Ahí se albergan los enfermos y se amparan los desvalidos en su dolencia, y esa gigante institución está solo sostenida por la caridad de los hijos de esta tierra.

Es unánime el afán de atender con solicitud á sus grandes necesidades. Nunca se dió el caso de faltar elementos para dejar de cumplir con su levantada misión, ese edificio, que creado por la iniciativa particular de un héroe, así ha continuado y así vive, con una marcha de adelantos y desarrollo, crecientes.

Buena prueba de ello son las mejoras que en la actualidad se llevan á cabo: se está edificando un grandioso templo, que sustituirá al que hoy existe, y el cual servirá de ensanche al benéfico asilo.

Ese monumento gigante, hablará con su presencia á cuantos lo contemplan y explicará algo, que no comprenden los que fían la dicha de la tierra, en la riqueza y en el placer de los sentidos.

Esa magnífica y devotísima imagen de la Virgen de los Dolores, que sus sagrados muros han de guardar, es la fuente perenne de las misericordias, que la humanidad necesita, al atravesar el árido sendero por que camina.

Hasta los más despreocupados la invocan en sus aflicciones, y el consuelo que no hallan en lo humano, lo encuentran por su bendita mediación en lo divino.

Diganlo sino esas mil tradiciones, esos recuerdos que las familias conservan en su alma, y esa fe viva que se sostiene en medio de las turbulencias filosóficas y del descreimiento de que suele hacerse gala en los tiempos modernos.

Cartagena sostiene varios establecimientos de beneficencia tan útiles, como de necesidad reconocida en toda población civilizada, y se precia, acaso sin darse cuenta de ello, de realizar las aspiraciones religiosas de la verdadera caridad, en medio de una forma descuidada é indiferente, al parecer; pero ninguno como éste: es un modelo admirable del que se han sacado copias.

Por eso los que empujados por los azares del destino, hacemos la vida errante, que impone el cumplimiento de los deberes, cuando llegamos aquí y penetramos en ese nunca bien ponderado Hospital de Caridad, doblamos la rodilla ante su excelsa Patrona y la alabamos y bendecimos con toda la religiosidad de que es capaz nuestro espíritu admirado y nuestra satisfacción reconocida.

Y cuantos penetren en el misterio que sostiene y alienta esa tan humanitaria institución, habrán de proclamar sin apasionamiento jese es el mejor blason de Cartagena!

ADOLFO R. GAMEZ.

## EL CENTENARIO

Madrid 1.º Noviembre 92

Sr. Director de EL ECO DE CARTAGENA. Muy señor mío: Por fin las exposiciones se han abierto, aunque no se han inaugurado.

En esto, como en todo, por lo que á los festejos se refiere, ha habido poco orden, y en lo que es particular de las Exposiciones, un desconocimiento absoluto de lo que son este género de manifestaciones de la actividad moderna.

No es posible y conviene hacerlo constar, que se hayan verificado nunca dos Exposiciones más interesantes que la Histórico-Europea y la Histórico-Americana, y esta última por la riqueza de sus colecciones, por su admirable instalación, por el interés científico en general, etnológico y antropológico en particular, en su género es lo más notable que ha presenciado el mundo.

Jamás hasta ahora se habían reunido todas las naciones americanas para traer á la madre patria elementos suficientes para reconstruir las civilizaciones de la América precolombina.

Todos los pabellones que en la Exposición Universal de París de 1889 hicieron los pueblos americanos, con ser tantos y tan costosos y tan elegantes, no encerraban de colosal interés lo que encierra la Exposición Histórico-Americana.

En aquel admirable Campo de Marte, ni el pabellón mexicano con su admirable arquitectura asteca ni el del Ecuador de puro estilo Inca, ni la vistosa construcción de la Argentina, ni la moderna elegancia de los chalets de Guatemala, Nicaragua, ni ninguno en fin, de aquellos soberbios edificios podía prestar á la razón, á la ciencia y altruismo los servicios de la Exposición Histórico-Americana de Madrid.

Conste esto, pero conste también que estas Exposiciones que se verifican en Madrid no tendrán en el mundo la resonancia que debieran tener, porque los organizadores han olvidado que en toda Exposición, por interesante que sea, hay

un 50 por 100 de interés y otro 50 por 100 de espectáculo.

Si este espectáculo la Exposiciones no transpiran á la masa general de los países, porque como la mayoría de los que la visitan no son sabios, necesitan algo que, hirviendo los sentidos, les haga fijar la atención.

Y este espectáculo no es perdido ni para la ciencia ni para la industria: más se han generalizado el fonógrafo y el micrófono en las instalaciones públicas de la galería de máquinas de las Exposiciones de París, que con los libros y revistas que se ocupan de estos asuntos.

Pretender que la ciencia árida siempre y más que ninguna la antropológica, despierte el interés de las masas sin rodearla de espectáculo, es una candidez inocente de puro sabio.

En Madrid con las Exposiciones y con las fiestas del Centenario, debían haber venido por espacio de tres ó cuatro meses 20.000 personas diariamente, constituyendo eso que se llama población flotante que es la riqueza de los pueblos, la base de su perfeccionamiento por el trato y el mutuo estudio de costumbres distintas, y la propaganda de la Exposiciones que empiezan por entretener y acaban por interesar.

Y si esto es verdad por lo que á Exposiciones se refiere, tratándose del Centenario de Colón, sube de punto la responsabilidad de los que han querido hacerlo eminentemente científico, menospreciando las fiestas públicas, los espectáculos y los regocijos populares. Precisamente los centenarios se verifican para que el pueblo adquiere nociones de grandes acontecimientos, y es preciso llamarles la atención en forma que la entienda. Ni al Congreso Jurídico ni al Literario, ni al Geográfico ni á ninguno concurre el pueblo. Los sabios ni los cultos no necesitan celebración de centenarios para apreciar grandes acontecimientos, y por consecuencia cuanto se ha hecho en España podrá ser magnífico, profundo, extraordinario, pero no ha llenado su misión.

La pólvora de los directores de la fiesta no resulta. El comercio de Madrid que tiene un instinto suicida, haciendo coro á los que decían que en las fiestas no debe gastarse dinero, ha logrado que venga mucho menos gente que la que debía venir, con lo cual, aunque á la inversa, ha realizado un negocio tan famoso, como aquel que compraba botellas de champagne para aprovechar los corchos.

Las Exposiciones y los centenarios son espectáculos esencialmente modernos, que no pueden hacerse á la antigua. Como todo lo que es lujo, tiene que hacerse bien ó no hacerse.

Dar una gran comida, invitar á ella nacionales y extranjeros, servirles exquisitos manjares en platos de Talavera, alumbrarles con candil y mandarles á la cama á las ocho sin obsequiarlos y sin divertirlos, podrá ser sabio pero resulta tonto.

Indigna que dos Exposiciones interesantes y tan completas no tengan la resonancia que debieran tener y que se haya estado tan tiego que las fiestas del centenario en Madrid, resulten pobres, deshilvanadas, cursis y pedestres.

Y no hay que decir que se ha gastado poco dinero. Debía haberse gastado más, muchísimo más porque para Madrid estos hubieran sido reproductivos, y porque no podemos ir diciéndoles á todos los extranjeros: «Mire V. las fiestas son malas, pero no han costado más que doscientas mil pesetas.»

Yo no sé si esto que tengo la franqueza de decir será ó no popular, lo que sé es que es verdad y que la capital de España ha quedado á la altura del betún.

Como de Exposiciones creo entender mucho más que algunos—no todos—de

nuestros muñidores colombinos, entraré á descubrir las Exposiciones principiando por la Militar, la Marítima, la Americana y la Europea; pero no á grandes rasgos, sino sala por sala, vitrina por vitrina, como ya he hecho en las Exposiciones Universales de Barcelona y París.

Por hoy, y empezando en mi próxima este estudio, sólo cuatro grandes rasgos del conjunto.

Admirable el edificio; ciento treinta y cinco metros de largo por ciento veinticuatro de ancho, una superficie de diez y seis mil novecientos, una fachada principal soberbia y una belleza general que no nace del adorno, sino de la pureza de la línea.

La Exposición Europea es una maravilla; palpita toda la historia de nuestra grandeza en aquellas salas, donde á los lados de los manuscritos de Lope de Vega y de los cuadros de Velázquez, están los arneses de los torneos, los tapices y las Mitologías de Diana.

Rota por la vida moderna la tradición que guardaba para los cabildos el tesoro del arte católico, las catedrales y las iglesias han hecho una exhibición maravillosa. El que atraviesa aquellas salas cree admirar un caleidoscopio en el que se le presentan los siglos de nuestra grandeza cincelados por Berruguete, pintados por Velázquez y escritos por Cervantes.

La Iglesia merece un voto de gracias por lo que ha hecho y por la forma en que lo ha hecho, y ha demostrado una vez más que no en balde ha sido la guardadora del arte y de la ciencia por espacio de muchos siglos.

La Exposición Americana es otra maravilla.

Se palpan las razas aborígenes, y al ver los instrumentos, los ídolos, las armas, las piedras y los barro que constituyen la mayor parte de la Exposición Americana, se observa que en los restos de las tribus primitivas de Europa, encuentran sus iguales.

La piedra de los sacrificios que presenta Costa-Rica, el Totec de México, la colección particular del Dr. Restrepo, el Tesoro de Quimbayas de Colombia, la Tabla de la República de Santo Domingo, y el Ingapirra del Ecuador, el Osamento de Megaterio de Nicaragua, los manuscritos de Guatemala, las colecciones prehistóricas de la Universidad de Pensylvania (Estados Unidos), las obras cartográficas de Suecia; los platos, los mosaicos y los tapices de Portugal; la cerámica del Perú, y tantas y tantas otras instalaciones sobre cada una de las cuales podría escribirse un libro interesante, suspenden el ánimo, y con justicia me hacen repetir para terminar, que las Exposiciones son extraordinariamente interesantes.

García-Fernández.

## CORREO DE SEÑORAS

(DESDE PARÍS)

Se prepara una revolución con respecto al corsé, en vista del gran cambio que la moda Imperio presagia. Volvemos á ver las formas encontradas en los cajones entre las prendas de nuestras abuelas que conservamos como recuerdos: el pecho será recto, las caderas amplias y se abrocharán por detrás; los anillos ojetes, serán reemplazados por sistemas muy ingeniosos, mucho más prácticos y, sobre todo, más rápidos; pero todavía tenemos tiempo para usar los modelos corrientes, pues es poco probable que las modificaciones que ahora anuncio á mis lectoras queden generalmente adoptadas este invierno.

En el ramo de perfumería se empieza á explotar un perfume inédito, el *datúra*; es muy suave y será apreciado por las personas enemigas de los perfumes fuertes.